

A doscientos años del fallecimiento de W. A. Mozart ¹

Tomás Bedó

Ahora acaban de escuchar a Mozart y es esto lo que realmente importa. Pero, nosotros debemos decir algo. Decir algo nada menos que de Mozart.

Pensé en un breve comentario sobre la personalidad de Mozart y la relación entre él y su obra.

El siglo XVII se dedicó a endiosar a algunos artistas, el XIX a denigrarlos y en el XX finalmente a tratar de comprenderlos.

En el caso de Mozart, por suerte no estamos relegados a biógrafos que se nutren más que nada de su propia fantasía, de chismes o de modas. Existe un riquísimo epistolario, con cartas que lo muestran en sus variadísimas facetas. Además tenemos a Nissen, Ministro Consejero dinamarqués, que no solamente lo conoció bien, sino que se casó con la viuda de Mozart en 1809 y de quien obtuvo multitud de información sobre su vida íntima. Fue su primer biógrafo.

Mozart fue el hombre de las mayores y aparentemente inconciliables contradicciones. No solamente fue el niño prodigio o el genio que nos legó una obra imperecedera. En este hombre, en apariencia tan poco complicado, dormían fuerzas demoníacas que luchaban entre sí bajo una superficie tan tranquila, que a menudo se le tenía por un eterno niño totalmente inofensivo. La posteridad no podía ni quería reconocer sus fuerzas instintivas, tales como la relación con su prima, cuya separación paradójicamente fue dolorosísima, porque era preferible no verlas, o por demasiado obscenas y chocantes o porque se las consideraba triviales y sin importancia. (Mozart de “adulto”, ya que tenía 22 años, se enamora perdidamente por el resto de su vida de Aloisia Weber, mujer joven, femenina, muy hermosa y talvez la mejor soprano de la

¹ Exposición que tuviera lugar en AUDEPP al conmemorarse los 10 años de su fundación y contara también con la colaboración de un conjunto de cuerdas *que* ejecuto obras de Mozart y la disertación del Ing. Cabella. No fue sujeto a correcciones por parte del autor, quien me las había prometido para su posterior publicación. J.L. Brum)

época. Dado la vida inconstante que lleva Mozart, Aloisia prefiere la seguridad de hacer una pareja con un noble de la época. Esta inconstancia de Mozart se refleja en que justamente él se casara con Constanza Weber, hermana de Aloisia, con la cual hace una buena pareja y encuentra muchos elementos de femineidad y de rasgos que él apreciaba en Aloisia).²

Del mismo modo, su deseo indomable de vivir se confundía con excesos de toda índole. Su vitalidad era contagiosa; era un ser que no parecía tener inhibiciones y su proclividad a lo procaz y obsceno más que censura provocaba envidia.

El Mozart compositor mostraba un strato totalmente diferente: no hablemos de la belleza de su obra. Su trabajo era el de un artista y un artífice. Su notación era precisa y nada quedaba abandonado a la improvisación. Quien ve sus partituras diría: qué sencillo, cualquiera lo tocaría. Sin embargo es difícilísimo, quizás por su aparente sencillez: cada nota y cada pasaje exigen un duro y expresivo trabajo. Su modo de vida y su trabajo, tan disímiles, parecían no entrar en conflicto. Ciertamente no se sospecharía que no solamente su música sino también sus cartas pasarían a la posteridad; vivir vivía enteramente el momento. No se consideraba un genio, sin ojeadas a una fama posterior, sin interés en distinciones. Su conducta era atrayente y natural, con plan y una inmediatez poco común. Se daba con una plenitud de impulsos, una fuerza de trabajo incontenible.

Veamos este aspecto: Mozart era por naturaleza dado a los entretenimientos. Le gustaba pasar el día jugando al billar, a los bolos, ir a bailes, pasear a caballo. No era lo que se dice un hombre de su casa, prudente sensato ni ahorrativo. El mecanismo de regulación entre su indolencia y pereza y su capacidad de trabajo y también de inspiración era muy simple: la necesidad de ganar dinero, los encargos musicales. No olvidemos que en el siglo XVIII un compositor pertenecía socialmente al orden de los lacayos. Además, y esto es importante, su creatividad siempre estaba condicionada a un estímulo externo que actuaba como gatillo. Sin una “escritura” (i.e. un contrato) un músico dieciochesco era impensable. Mozart nunca fue un creador libre. Toda su capacidad laboral dependía de una solicitud externa que ponía en marcha su labor anímica. Una vez encendida la chispa por ayuda ajena, funcionaba con tanta rapidez y seguridad que parecía que lo que componía hacía mucho estaba preparado. La urgencia del pedido hacía que siempre le faltara tiempo.

² Los comentarios entre paréntesis tienen como fin aclarar ciertos aspectos, ya que estaba ante un público que no tenía por qué ser experto en el tema. Dichos comentarios son productos de muchas conversaciones entre Tomás y yo. (J.L. Brum)

La contradicción entre su tendencia natural a la pereza y la vivez extrema de su espíritu es uno de sus rasgos caracteriales más salientes. Sacarle el cuerpo a una tarea, su planificación inadecuada del tiempo, no poder cumplir nunca en fecha lo tipifican tanto como la rapidez de su ingenio y de su inteligencia.

Tan pleno de energía y de agilidad hacía que fuera un ávido de los contactos sociales, necesitaba de la gente, de su conversación, de su proximidad y de su amor, siendo paradójicamente un solitario en medio de una multitud, pero no al modo de Beethoven. Su sociabilidad ruidosa era una fachada para su silencio creador. Cuanto más urgente era un trabajo, tanto más se precipitaba a un torbellino social, torbellino que funcionaba como bambalinas. Uno esperaría que para un trabajo creador se busque el silencio para poder concentrarse. En Mozart todo lo contrario: su potencia creadora superaba el ruido, quizás el silencio la hubiera sofocado. Es un fenómeno extraño. Ni su padre ni su mujer tenían acceso a esa isla de su creatividad en medio de un tumulto.

Trataba a las personas y también a sus hijos con cordialidad, pero con un vínculo que era aparente; en realidad todos estaban lejos. Lo que le hacía buscar el bullicio no era solamente su propia movilidad; tenía que estar, sentirse vital. Sus acercamientos eran rápidos, nunca tibios, no parecía ahorrar sentimiento; actitudes de franco rechazo aparecían solamente después de prolongadas desilusiones. Su querido amigo Stadler, para quien compuso las más hermosas obras para clarinete, lo estafó cuando pudo; Mozart no le dio importancia.

Estaba en permanente búsqueda de una seguridad material, pero repartía cuanto tenía con una prodigalidad que pasaba de generosa. Aquí también parecía no percatarse de la contradicción: siempre necesitado, derrochaba donde podía.

Fue un católico creyente que ironizaba y se burlaba del clero, y además un masón entusiasta y convencido. Wolfgang Amadeus Mozart fue educado para aprender, tocar y componer música; su padre administraba todo. WAM no tenía la menor noción de los problemas de administración, de un hogar, alimentación o vestimenta. No tenía ningún contacto con los problemas cotidianos de la vida. Todo lo que fuera plan y orden eran para él un mundo desconocido. Su manejo del dinero era un desastre, pero gracias a éste tuvo que componer.

Sus arrebatos afectivos no le permitían llegar a juicios sensatos y balanceados. Era muy poco diplomático, demasiado agudo, irónico y burlón. Rápido e intolerante, se sometía solamente frente a quienes respetaba por sus cualidades. Trataba a los demás

como sentía y pensaba, sin cálculos ni moderación; herido, no se callaba ante nadie. Con una puntería rápida y malignamente ingeniosa perdió muchas oportunidades que podrían haberlo beneficiado. Parece que nunca se hubiera tomado el trabajo de adaptar su capacidad psíquica a lo cotidiano, por lo que parecía frívolo y superficial. Sus movimientos eran bruscos y rápidos, los sentía como incontrolables. Era tan temeroso de hacer daño involuntario que se hacía cortar la carne por otros, lo que a su vez nos hace preguntarnos cómo lograba su perfección y virtuosismo en el piano y otros instrumentos, especialmente la viola.

Características de Wolfgang Amadeus Mozart eran sus bruscos cambios de humor: de un estado de ansiedad mortal pasaba bruscamente al chiste, a la tontera o a poses ruidosas. Estas oscilaciones, sin embargo, tenían un carácter común que se manifestaba a través de un componente sensual en sus vínculos, desde la simpatía hasta el sexo más crudo. Había en él algo magnético (en el sentido de Mesmer) que podría caracterizarse con la expresión “*Eros*”. Ya que hablamos de *Eros*, que por supuesto no se limita a sexo, tenía poco éxito con las mujeres, que parece no se sentían atraídas por él y siempre quedaba en la situación de amante rechazado e infeliz. Por su rapidez de acción e ímpetu, se comportaba como un clown. No parece probable que haya sido un mujeriego incorregible, como algunos dicen. Lo que parece seguro es que en sus transformaciones rápidas no lograba caSi nunca una coincidencia de su amor espiritual con el físico en la misma persona: sus dos grandes amores, su prima y Aloisia, ejemplifican esto. No solamente en su vida amorosa oscilaba por un lado del vínculo crudo y obsceno y por otro el gran amor espiritual: este fracaso transformó en gran parte el curso de su vida.

Para terminar: más allá de la necesidad de estímulos externos y en un sentido más profundo, creaba solamente en una situación de fracasos externos, de una necesidad torturante, una situación vital poco segura. Lo que la vida le negó fue integrado en su obra.

Hay quienes han aventurado diversas hipótesis: ¿era un ciclotímico, una personalidad fronteriza, un hipomaníaco crónico, padecía de una psicosis periódica con conductas psicopáticas intercalares? Yo digo: ¿importa acaso encasillarlo en algún diagnóstico fabricado a posterior?

Hay quienes dicen que sus fracasos lo llevaban a la depresión, otros que sus depresiones lo hacían fracasar. Lo cierto es que sus obras se concretaban en los períodos oscuros de su vida. Muchos piensan que su creatividad le ayudaba a superar sus

desesperanzas.

Toda la belleza, orden y disciplina que nos permite conocer a Mozart a través de su obra, aparece contrapuesto a lo que debe haber sido su imprevisión, irresponsabilidad, un caos de derroche en pleno, irracional, material y de relación humana, pero lejano y superficial al mismo tiempo. Lo que le falló en su vida fue superado en su obra.

Según la clasificación de Lamas, un loco lindo, a veces un loco bravo y uno de los máximos genios de la música de todos los tiempos.